

En las raíces ideológicas de Montoneros: John William Cooke lee a Gramsci en Cuba

SAMUEL AMARAL
Universidad Nacional de Tres de Febrero
amaral.samuel@gmail.com

RESUMEN

Desde 1945 la izquierda argentina no pudo resolver el enigma planteado por el hecho de que la clase obrera era peronista. Varios intentos teóricos fracasaron antes de que John William Cooke hiciera el suyo a mediados de los años sesenta. Influenciado por Gramsci, consideró que la clase obrera es una categoría histórica, por lo que el peronismo era la experiencia histórica de la clase obrera argentina y, como tal, revolucionario. Neutralizó el papel político de Perón convirtiéndolo en el símbolo de la identidad peronista. Por esto, la teoría de Cooke fue clave para que guerrilleros de izquierda se declararan peronistas sin que les importaran las opiniones e intenciones políticas de Perón. Las limitaciones de esa teoría quedaron expuestas cuando el general regresó a la Argentina y fue electo presidente por tercera vez.

PALABRAS CLAVES

Peronismo – Marxismo – Guerrilla – Foquismo – Gramsci

ABSTRACT

From 1945 onward, the Argentine Left could not solve the riddle posed by the fact that the working class was Peronist. Several theoretical attempts had failed by the time John William Cooke made his in the mid-1960s. Influenced by Gramsci, he found that the working class is not an abstract category but the outcome of a historical experience. So, for him, as the historical experience of the Argentine working class, Peronism as such was revolutionary. In his theory, Perón came to be a symbol of Peronist identity, but not a political actor. Because of that, Cooke's theory was instrumental for Leftist guerrillas to declare themselves Peronist regardless Perón's political views and intentions.

TEMAS DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA, XVII (JULIO-DICIEMBRE DE 2010) pp. 15-51.

The shortcomings of his theory came into light when Perón came back to Argentina from his long exile and was elected to a third presidential term.

KEY WORDS

Peronism – Marxism – Guerrillas – Focoism – Gramsci

El peronismo fue un enigma irresoluble para los marxistas argentinos: la clase obrera, a la que creían el sujeto de la historia, renunciaba a la revolución que pondría fin al dominio de la burguesía. Algunos trotskistas y comunistas disidentes habían visto en el gobierno peronista el atisbo de una revolución nacional que aunque no fuese la proletaria y socialista podía considerarse un paso en el camino de ésta. La caída del peronismo los dejó sin respuestas ante el hecho de que la mayoría de los obreros continuaban siendo peronistas a pesar de que ya no había un gobierno de ese signo y de que Perón se negaba a recorrer el camino de Damasco hacia el marxismo.

En la primera mitad de los sesenta, la izquierda sufrió una crisis como consecuencia de la revolución cubana, complicada por el proceso de desestalinización y por el estallido del conflicto chino soviético. El Partido Comunista, antes el partido de la revolución mundial, comenzó a ser visto por los jóvenes que llegaban a la vida política de ese sector del espectro como un partido conservador que se negaba a emprender el camino efectivo de la revolución en la Argentina. Para estos jóvenes, sin embargo, el peronismo no era un enigma menor que el que había sido para sus antecesores desde 1945, pero aun para ellos seguía poseyendo una virtud clave: la clase obrera seguía siendo peronista.

Hasta mediados de los sesenta, esa virtud del peronismo se había visto opacada para ellos porque estaba dirigido a la distancia por un líder que no cabía en ningún proyecto revolucionario, y de modo más próximo y directo por sindicalistas burocratizados y políticos de menor envergadura que parecían ilusionarse, como tantos políticos, sólo con volver a controlar una porción del presupuesto. Esa dirigencia peronista constituía una brecha insalvable para quienes querían redimir a los obreros mediante una revolución socialista. Para que las brechas de la realidad puedan ser cerradas es necesario que haya quien imagine cómo hacerlo. John William Cooke fue quien imaginó una nueva interpretación marxista del peronismo, para que éste cumpliera por medio de la violencia el papel revolucionario que él le asignaba a pesar de sus dirigentes y a pesar de Perón mismo. La perspectiva teórica de Cooke fue clave para las

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), la vertiente marxista de Montoneros, como otros pensadores lo fueron para su vertiente católica¹.

Cooke no fue un marxista seducido por el peronismo sino un peronista que descubrió el marxismo. No lo hizo, sin embargo, en las etapas formativas de su vida, como consecuencia de la militancia o de la atracción intelectual, sino por su actividad política tras la caída de Perón, a fines de la década del cincuenta, ya cerca de los cuarenta años. Como por entonces se estaba abriendo la crisis posestalinista, cuando se acercó al marxismo encontró al Partido Comunista, pero también voces críticas que recién se comenzaban a escuchar. El descubrimiento de ese otro marxismo desde una experiencia política ajena a la tradición leninista fue lo que confirió originalidad a la visión de Cooke: no dejó de proclamarse peronista y reinterpretó al peronismo desde una perspectiva marxista.

El inicio de la carrera política de Cooke no hacía prever un futuro como teórico revolucionario. Había llegado a la política, por obra de su padre y de los amigos de su padre, como diputado nacional en 1946, a los 26 años². Su nacionalismo intemperado y una vida privada demasiado agitada para un jefe de partido formado en la disciplina militar lo dejaron fuera del Congreso al vencer su mandato en 1952. Tras algunos años sin cargos políticos, durante los cuales dirigió la revista *De Frente*, fue designado interventor en el partido peronista de la capital cuando Perón decidió recurrir a los políticos de origen radical, durante el breve lapso de conciliación que siguió al levantamiento de la

¹ La influencia de la interpretación del peronismo de Cooke en los inicios de FAR puede advertirse en “FAR: los de Garín”, *Cristianismo y Revolución* N° 28, 1971, pp. 56-70, reproducido en ROBERTO BASCHETTI, *De la guerrilla peronista al gobierno popular: documentos, 1970-1973*, La Plata, Editorial de la Campana, 1995, pp. 145-178. Sobre la aproximación de católicos al marxismo y luego al peronismo, véase ROBERTO DI STEFANO Y LORIS ZANATTA, *Historia de la Iglesia argentina*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000, p. 526 y ss.; BEATRIZ SARLO, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 53-57; GUSTAVO MORELLO, *Cristianismo y revolución: los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2003, pp. 43-136; JOSÉ A. ZANCA, *Los intelectuales y el fin de la cristiandad, 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 75-76; AMALIA CASAS, “En busca de la razones del otro: Conrado Eggers Lan y el diálogo católico-marxista (1958-1968)”, *Investigaciones y Ensayos* N° 58, 2009, pp. 85-122; y LUIS MIGUEL DONATELLO, *Catolicismo y Montoneros: religión, política y desencanto*, Buenos Aires, Manantial, 2010, pp. 60-77.

² Sólo hay una biografía novelada de Cooke, FRANCO LINDNER, *Cooke: el heredero maldito de Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006. También puede encontrarse información sobre su vida en RICHARD GILLESPIE, *J.W. Cooke: el peronismo alternativo*, San Martín, Cántaro, 1989, y NORBERTO GALASSO, *Cooke: de Perón al Che. Una biografía política*, Rosario, Homo Sapiens, 1997.

Marina en junio de 1955³. En ese puesto lo encontró la revolución de septiembre y pocas semanas después estaba en la cárcel. Fue tras su fuga en marzo de 1957, ya en Chile, que comenzó su tarea interpretativa del peronismo como informante y analista político en las cartas que le enviaba a Perón, quien en noviembre de 1956, por temor seguramente a un atentado contra su vida (que efectivamente se produjo en mayo de 1957), lo había designado su heredero político. En aquel período, documentado en esas cartas luego recogidas en la *Correspondencia*, no fue más allá de un examen de las circunstancias con vistas a la organización, sin demasiado éxito, de la acción de los peronistas fuera y dentro del país. Su esfuerzo más importante en ese sentido fue el largo “Informe general y plan de acción” que le remitió a Perón el 28 de agosto de 1957⁴. Este permite descubrir al revolucionario de pocos años después, pero no por su interpretación del peronismo sino por el método violento que proponía: una “política insurreccional de masas”⁵.

Ya durante esos meses pasados en Chile, Cooke se dio cuenta de que no era tan fácil hacerse cargo de su herencia. A mediados de 1957 Perón lo rebajó de delfín a jefe de la división operaciones y en septiembre de 1958 diluyó su autoridad al crear un multitudinario Consejo Coordinador y Supervisor del peronismo⁶. La beligerancia de Cooke ya no le era útil a Perón, quien quizá creyera además que algo habría de cierto en las noticias de los diarios, cuyos recortes él mismo le enviaba, que lo señalaban como aliado de los comunistas⁷. Las escasas cartas de Perón posteriores a diciembre de 1958 fueron poco más que formales, mientras que las mucho más numerosas de Cooke daban cuenta de los cambios en su posición política⁸.

³ Sobre *De Frente*, véase MARIO RANALLETI, “*De Frente (1953-1956). Una voz democrática y antiimperialista en la crisis final del primer peronismo*”, en NOEMÍ GIRBAL-BLACHA y DIANA QUATROCCHI-WOISSON, compiladoras, *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, pp. 477-515.

⁴ Cooke a Perón, 28 de agosto de 1957, en [JUAN DOMINGO] PERÓN y [JOHN WILLIAM] COOKE, *Correspondencia*, Buenos Aires, Papiro, 1972, vol. I, pp. 251-316 (en adelante PERÓN-COOKE). Un comentario sobre esta correspondencia en HORACIO GONZÁLEZ, “La revolución en tinta limón: recordando a Cooke”, *Unidos*, año 4, N° 11-12, 1986, pp. 31-73.

⁵ PERÓN-COOKE, vol. I, pp. 308.

⁶ Sobre la creación del Consejo Coordinador y Supervisor, véase Perón a Cooke, Ciudad Trujillo, 30 de septiembre de 1958, en PERÓN-COOKE, vol. II, pp. 107-109.

⁷ Cooke a Perón [Buenos Aires], 5 de febrero de 1959, *ibidem*, vol. II, p. 139.

⁸ En la *Correspondencia* sólo hay cinco cartas de Perón a Cooke después de su desplazamiento: dos en 1960 y una en 1964, 1965 y 1966; y catorce de Cooke a Perón entre agosto de 1960 y febrero de 1966. Aquellas ocupan 11 páginas y éstas, 202 páginas. Cf. PERÓN-COOKE, vol. II, pp. 154-367.

Cooke permaneció en la Argentina, a la que había regresado en noviembre de 1958, hasta abril de 1960. Tras su desplazamiento se mantuvo políticamente activo, y entre fines de 1959 y principios de 1960 el Partido Comunista puso a su disposición, y a la de otros desilusionados y caídos en desgracia, la revista *Soluciones*⁹. Cooke, sin embargo, prefirió alejarse del país y durante casi tres años, entre abril de 1960 y febrero de 1963, residió en Cuba¹⁰. Allí amplió sus lecturas de teoría marxista y se impregnó de la teoría cubana de la revolución¹¹. Regresó a la Argentina en diciembre de 1963, tras algunos meses en Montevideo, y en los años finales de su vida (murió el 19 de septiembre de 1968, a los 48 años) expresó la conjunción del marxismo y el foquismo con el peronismo.

Este artículo estudia los escritos de Cooke para determinar cómo llegó a esa combinación de prácticas políticas hasta entonces distanciadas entre sí. Su obra tiene una doble dimensión temporal: por un lado, entre 1959 y 1968, cuando fue publicada en folletos de muy limitada circulación; por otro, entre 1971 y 1973, cuando Alicia Eguren, su viuda, la recopiló en cinco libros que tuvieron amplia difusión y publicó los dos tomos de la correspondencia intercambiada entre Perón y Cooke, que la tuvo aún mayor¹². A pesar de su proximidad, entre uno y otro momento hubo un marcado cambio en el clima político argentino debido a que el inicio del camino hacia la restauración democrática en marzo

⁹ Sobre Cooke y *Soluciones*, véase GALASSO, *op. cit.*, pp. 114-115, y MIGUEL MAZZEO, *John William Cooke: textos trasapelados (1957-1961)*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000, pp. 33-34. Campione menciona las relaciones entre Cooke y el PC, pero omite referirse a esa revista. Cf. DANIEL CAMPIONE, "Los comunistas somos nosotros: John William Cooke y el partido Comunista Argentino", en MIGUEL MAZZEO (compilador), *Cooke, de vuelta (El gran descartado en la historia argentina)*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999, pp. 49-83.

¹⁰ En carta a Perón del 7 de agosto de 1960, Cooke dice que estaba en La Habana desde hacía tres meses. Cf. PERÓN-COOKE, vol. II, p. 158. El dirigente comunista Fernando Nadra dice que viajó a Cuba con Cooke y otros políticos en abril de 1960. Cf. FERNANDO NADRA, *La religión de los ateos: reflexiones sobre el estalinismo en el Partido Comunista Argentino*, Buenos Aires, Puntosur, 1989, p. 98. La fecha de regreso no surge de la *Correspondencia*, ya que Cooke envió su última carta a Perón desde Cuba el 18 de octubre de 1962 y la siguiente es del 21 de julio de 1964, cuando ya estaba en Buenos Aires. Cf. PERÓN-COOKE, vol. II, pp. 261 y 291. Sobre la fecha de la salida de Cuba hacia Montevideo (marzo de 1963) y de ésta a Buenos Aires (25 de diciembre de 1963), véase LINDNER, *op. cit.*, pp. 258-262. Aunque Lindner usa demasiado su imaginación en el relato es posible que las fechas al menos no sean fruto de ella.

¹¹ Cooke a Perón, La Habana, 7 de agosto de 1960 y 11 de septiembre de 1960, en PERÓN-COOKE, vol. II, pp. 154-175; JOHN WILLIAM COOKE, "Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina", *Pasado y Presente*, IV, N° 2-3, julio-diciembre 1973, pp. 373-401; y GILLESPIE, *op. cit.*, p. 55 y ss.

¹² Sobre las publicaciones de Cooke, véase la investigación bibliográfica de Roberto Baschetti en MAZZEO, *Cooke, de vuelta*, pp. 172-182.

de 1971 signó la reincorporación del peronismo al orden político, pero al mismo tiempo, la expansión de la actividad de las organizaciones armadas.

En la primera sección se examina un texto de Cooke de 1959, escrito tras su desplazamiento por Perón y su contacto con el PC, en el que propone la formación de un frente de liberación nacional. En la segunda sección, dos piezas, una de 1961 y otra de 1965, que muestran su primera aproximación a la teoría marxista. En las tres secciones restantes se estudian los otros escritos posteriores a su regreso a la Argentina, en los que define las características de la política revolucionaria y el papel del peronismo.

LA LIBERACIÓN NACIONAL

La aproximación de Cooke al marxismo y cómo ésta afectó su interpretación del peronismo se nota ya en su primer texto, “La lucha por la liberación nacional”, resultado de la presentación que hizo en un Congreso por la Liberación o Congreso de la Liberación Nacional, llevado a cabo en Buenos Aires en noviembre de 1959. Cooke revela allí una nueva meta política, la liberación nacional. Este concepto no le era completamente ajeno. En el “Informe general y plan de acción”, de agosto de 1957, lo había usado para referirse al gobierno peronista y a la ideología peronista. El peronismo, decía entonces, había demostrado “poseer la cohesión ideológica y social y la dinámica revolucionaria que requiere el proceso Nacional-Libertador”. El objetivo de este proceso era “reimplantar el Estado Justicialista, para lo cual el Movimiento debe tomar el poder con Perón al frente”¹³. Dos años después, la liberación nacional ya no se detenía con el regreso de Perón al poder.

La liberación nacional era entonces para Cooke la liquidación de la influencia del imperialismo. La Argentina era para él un “país semicolonial, integrante de un continente semicolonial”, cuyo futuro dependía “de la superación de la contradicción económica, política y social entre la entidad nación-pueblo y la unidad oligárquico-imperialista”¹⁴. La influencia imperialista no podía liquidarse dentro del “régimen liberal”, cuya estructura jurídica “protege un sistema determinado de organización económica para beneficio del capitalismo extranjero y nativo”. Cooke era un nacionalista y dentro del nacionalismo el concepto de imperialismo era usado desde comienzos de la década del treinta, cuando los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta publicaron *La Argentina y el*

¹³ PERÓN-COOKE, vol. I, pp. 314-315.

¹⁴ COOKE, *La lucha*, p. 10.

*imperialismo británico*¹⁵. Pero que la contraparte del imperialismo fuera “la entidad nación-pueblo” sugiere, aunque no lo cite, un primer contacto con Gramsci.

Para llevar a cabo esa lucha antiimperialista Cooke proponía, inspirado por la lucha argelina, un Frente de Liberación Nacional (FLN), del que el peronismo era “parte insustituible y fundamental”. El peronismo, dice refiriéndose al gobierno peronista, había significado “mayores salarios visibles e invisibles, mejores condiciones de trabajo”, pero sobre todo “una transferencia del poder social hacia los grupos inferiores de la escala social capitalista”. Cooke, sin embargo, estaba más interesado en el futuro que en el pasado: “la coyuntura actual indica que el programa no puede limitarse a una restauración de esas conquistas, sino que debe instaurar un nuevo orden social que supere al de la Constitución de 1853 y también al de la Constitución de 1949”. El programa revolucionario de 1959 no podía ser el de 1945, señalaba, como tampoco “los métodos operativos”¹⁶. Con esta propuesta de cambiar el programa y los métodos, Cooke estaba cuestionando indirectamente la conducción del peronismo. ¿Qué papel le reservaba a Perón?

Perón seguía siendo una pieza clave del peronismo. Cooke no lo excluía del FLN, pero condicionaba sutilmente su participación: Perón sabía “mejor que nadie que la vigencia del Movimiento está dada no por el apego a fórmulas cristalizadas en un período dado, sino en su dinámica revolucionaria, que lo afirma como movimiento nacional-libertador”¹⁷. Esto quería decir que Perón, como persona, podría tener un lugar en la propuesta de Cooke si cumplía con ciertas condiciones, pero no necesariamente el Perón real, con su propio pasado y sus propios proyectos para el futuro.

El FLN estaría integrado, según Cooke, por los trabajadores del campo, los estudiantes, la pequeña burguesía y aun la parte de la burguesía industrial “no dependiente del imperialismo”, pero el proletariado tendría un “papel fundamental como clase combativa y cohesionada, será el eje sobre el que se apoyarán todas las fuerzas nacionales, la primera avanzada y el último baluarte de las reivindicaciones nacionales”. Todos los integrantes del FLN eran categorías sociales y no actores políticos realmente existentes, excepto el peronismo, que compartía la condición de eje articulador con la clase obrera. Cooke no definía cuáles eran las similitudes, diferencias o relaciones entre

¹⁵ ENRIQUE ZULETA ALVAREZ, *El nacionalismo argentino*, 2 vol., Buenos Aires, La Bastilla, 1975, vol. I, pp. 316-347; TULLIO HALPERIN DONGHI, *La Argentina y la tormenta del mundo: ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 67-82.

¹⁶ COOKE, *La lucha*, cit., pp. 23-24.

¹⁷ *Ibidem*, p. 24.

el peronismo y la clase obrera. El peso de su argumento, sin embargo, recaía sobre ésta, ya que había llegado a convencerse de que “la lucha de clases no es una teoría sino un hecho” y de que el fin de esa lucha era la dictadura del proletariado, de cuya pertinencia teórica o práctica no tenía dudas¹⁸. Como sí las tenía acerca de que ella pudiera implementarse entonces en la Argentina, quedaba abierta la cuestión respecto de los fines inmediatos del FLN.

Los fines inmediatos del FLN eran la implementación de ciertas medidas de política económica: nacionalización del comercio exterior y del sistema bancario; desarrollo industrial independiente; una reforma agraria “que en los hechos signifique la expropiación de la oligarquía parasitaria y su eliminación como clase”; y también la adopción de la tercera posición, “solidaria con los pueblos oprimidos de todo el mundo”. Ese programa, pronosticaba, sería atacado desde adentro y desde afuera como antidemocrático y totalitario y “seguramente hasta afirmarán que es comunista”¹⁹. Las medidas propuestas por Cooke no eran distintas de las del peronismo de fines de los años cuarenta, excepto en cuanto a la necesidad de eliminar a la oligarquía como clase; propuesta que, efectivamente, contribuía a emparentarlas con el comunismo. El comunismo argentino, sin embargo, hacía más de dos décadas que había abandonado ese lenguaje tremendista, que evocaba los sucesos de los años veinte y treinta en Rusia.

La actitud de Cooke frente al PC era ambigua. Por un lado, eludía amablemente referirse a su participación en la Unión Democrática; por otro, subrayaba su diferencia con la “tesis comunista sobre la necesidad de un ‘gobierno de coalición democrática’”. Para Cooke no había posibilidades de llevar a cabo los fines del FLN por ese medio. “El reformismo”, decía refiriéndose al PC, “cumple la doble función de frenar la dinámica dentro del campo revolucionario y de ofrecer paliativos para la situación en crisis... no es un elemento de la nueva organización social, sino un engranaje del orden de cosas que ha entrado en descomposición”²⁰. De esta crítica, sin embargo, no surgía una política alternativa a la del PC, al que consideraba, a pesar de todo, un integrante necesario del FLN.

Los medios para realizar esa revolución eran menos precisos que sus fines: “las formas de lucha surgirán de los propios acontecimientos, como respuesta a los obstáculos que oponga el enemigo”, afirmaba, acercándose más al espontaneísmo de Rosa Luxemburg que al partido de Lenin. Esta era una diferencia significativa con el PC, pero mayor lo era su concepción de la

¹⁸ *Ibidem*, pp. 24-25.

¹⁹ *Ibidem*, p. 31.

²⁰ *Ibidem*, p. 23.

historia: “la historia no conoce fatalismos porque es el producto de la voluntad humana”²¹. Si Gramsci no era aún la fuente de esa afirmación resulta explicable que después se sintiera atraído por sus ideas²². Entre el espontaneísmo y el voluntarismo, no obstante, el primero pesaba más por entonces.

Cooke ligaba sus nuevas inclinaciones socializantes con su pasado nacionalista: “la revolución del Frente de Liberación Nacional es por su esencia humanista, porque entronca con las más puras tradiciones de la Patria, porque concibe a la Nación y a Latinoamérica viviendo en total soberanía y porque concibe un hombre libre en una tierra libre”. Semejante optimismo lírico no podía ocultar, sin embargo, la insignificancia política de su Frente de Liberación Nacional, que necesitaba de un peronismo al que su líder orientaba en otra dirección.

La naturaleza puramente retórica de ese frente pronto quedó en evidencia aun para Cooke, que aprovechando una invitación para participar en un congreso de apoyo a la revolución cubana, partió poco después hacia la isla y se quedó en ella. Esa decisión fue la consecuencia del fin de un proyecto político, pero allí, con el apoyo de un nuevo bagaje teórico, comenzó a diseñar otro, distante ya del anunciado a fines de 1959.

EL ENCUENTRO CON EL MARXISMO

Las cartas enviadas a Perón desde Cuba muestran un cambio de matices en la interpretación de Cooke del peronismo, que bien puede haber correspondido al ritmo de sus lecturas. Primero, en julio de 1961, le señaló el “vacío ideológico” del peronismo, cuya “cohesión ideológica” había elogiado cuatro años antes. Luego, en marzo de 1962, le pidió que definiera al peronismo “como lo que es, como lo único que puede [ser]: un movimiento de liberación nacional, de extrema izquierda [...]”. Tres meses más tarde, calificó al peronismo de 1945 como “una izquierda nacional... aunque sin definirse como tal”. Finalmente, en octubre de ese año mencionó por primera vez a Marx, aunque sólo incidentalmente, al referirse a su concepto de revolución²³.

²¹ *Ibidem*, p. 30.

²² La traducción castellana del primer tomo de los *Quaderni del carcere* había sido publicada en Buenos Aires en 1958. En ella se encuentra una crítica hacia la concepción determinista del marxismo, que, como se ve más abajo, Cooke citó en un escrito posterior. Cf. ANTONIO GRAMSCI, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, trad. Isidoro Flambaun, rev. Floreal Mazía, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984 [1ª ed. italiana, Einaudi, 1948; 1ª ed. argentina, Lautaro, 1958], pp. 18-19, y COOKE, “Aportes”, cit., p. 394.

²³ Cooke a Perón [La Habana], 24 de julio de 1961, en PERÓN-COOKE, vol. II, p. 183; 3 de marzo de 1962, *ibidem*, p. 222; 15 de junio de 1962, *ibidem*, p. 230; y 18 de octubre de 1962,

La permanencia en Cuba le dio a Cooke tiempo para adentrarse en la teoría marxista. Un texto producido allí y otro a su regreso a Buenos Aires muestran el resultado de sus esfuerzos por adquirir la teoría que creía necesaria para la revolución. El primero, escrito en 1961 y publicado en 1973 con el título de “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, es una crítica a la posición del PC frente al peronismo y a la revolución²⁴. El segundo, escrito y publicado en 1965, es la respuesta a la encuesta realizada por *La Rosa Blindada*, una revista cultural publicada por intelectuales todavía comunistas pero pronto expulsados del partido, con el título general, que también es el de la contribución de Cooke, “Bases para una política cultural revolucionaria”²⁵. Esos escritos permiten observar la formación marxista adquirida por Cooke y cómo ella modificó su visión del peronismo.

En “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, Cooke criticaba, como ya lo había hecho en 1959, pero con menos miramientos que entonces, la posición del PC a favor de un “frente de amplia coalición democrática”. Creía que la revolución cubana había abierto nuevas perspectivas revolucionarias y que el PC, “por su condición de socialismo ‘canónico’”, era un “obligado participante del proceso liberador y factor de su retardo o aceleramiento”. Como pensaba que el PC no aplicaba correctamente la teoría marxista, él se proponía analizar las causas de “ese reiterado fallo metodológico”²⁶.

El PC justificaba su estrategia electoral, según Cooke, por la ausencia en la Argentina de las “condiciones objetivas” para la revolución. Para él, sin embargo, la tarea revolucionaria no estaba relacionada con la existencia de esas condiciones. Si ellas pudiesen darse de manera perfecta, las revoluciones “estallarían en el momento preciso”, de modo que la vanguardia no necesitaría más que estar atenta a ese instante para imponer la dictadura del

ibídem, p. 279. La referencia a la “cohesión ideológica” del peronismo, en el “Informe general y plan de acción”, *ibídem*, vol. I, p. 315. Hay una mención anterior a Marx y Engels, pero es sólo una referencia histórica, incidental, en la que están acompañados por Blanqui, Bakunin y Mazzini. Cf. Cooke a Perón, 14 de noviembre de 1957, *ibídem*, vol. II, p. 10.

²⁴ COOKE, “Aportes”, cit.

²⁵ JOHN WILLIAM COOKE, “Bases para una política cultural revolucionaria”, *La Rosa Blindada* 6, 1965, pp. 16-22, reimpresso en NÉSTOR KOHAN, *La Rosa Blindada, una pasión de los 60*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999, pp. 161-175. Este texto fue uno de los dos publicados en vida por Cooke en revistas de circulación restringida, pero más amplia que la de sus folletos, a veces impresos y otras mimeografiados, sólo al alcance de unos pocos seguidores. El otro es “Definiciones”, publicado en *Cristianismo y Revolución*, a fines de 1966. Cf. JOHN WILLIAM COOKE, “Definiciones”, *Cristianismo y Revolución* 2-3, octubre-noviembre 1966, pp. 14-15. Sobre *La Rosa Blindada*, véase el prólogo de José Luis Mangieri, que fue su director, y el estudio introductorio de Néstor Kohan, en KOHAN, *op. cit.*, pp. 11-18 y 19-61.

²⁶ COOKE, “Aportes”, cit., p. 374.

proletariado. Las condiciones para un alzamiento podían no existir, pero eso no era argumento, decía, para afirmar que tampoco existían condiciones para la tarea insurreccional²⁷. Estas condiciones ya estaban dadas “con exceso” en la Argentina, por lo que la función de la vanguardia era profundizarlas, “dar cohesión al esfuerzo popular, ofrecerle una salida, buscarle los medios de dar la lucha”²⁸. El problema residía en la construcción de esa vanguardia.

Cooke abogaba por una “unidad dinámica” entre peronismo y comunismo. No le interesaba el apoyo circunstancial a candidatos electorales comunes, que nada cambiarían si triunfaban: “la unidad que nos interesa no es independiente de los fines perseguidos ni de las tácticas empleadas”²⁹. La misión del PC era para Cooke sembrar “la ideología de la revolución” sobre una mentalidad preparada por el peronismo, que había “desarrollado en los trabajadores el sentido de clase y la conciencia de su fuerza”. La difusión de esa ideología, no obstante, no podía encararse “como mera difusión teórica”, mientras mantuviera su estrategia electoral. Esa dicotomía entre pensamiento y acción, decía Cooke, era factible para movimientos pequeños integrados por iniciados, pero “es nefasta para un gran movimiento de masas” en el que los objetivos no podían estar divorciados de los métodos, “porque los pueblos no asimilan las nuevas concepciones en abstracto, como pura teoría, sino combinadas con la acción”. “Si nuestra crítica es correcta”, señalaba Cooke, “estamos ante la paradoja de que el PCA, aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional y con el de Cuba en especial, adopta una línea de acción que retarda el avance e integración de las masas”³⁰. Cooke quería la unidad con el PC, pero sólo si éste adoptaba una estrategia insurreccional, es decir, si dejaba de ser lo que era, parte del movimiento comunista mundial, y se transformaba en un partido con objetivos exclusivamente nacionales. Esta ambigüedad de Cooke respecto del PC no era exclusiva de él sino propia de la posición cubana: demandaban su apoyo, pero querían imponerle su propia visión de la revolución.

Que el PC rechazara la insurrección y se aferrara a una estrategia electoral se debía principalmente, para Cooke, a una “deficiencia metodológica”, es decir una interpretación errónea del marxismo. Sabía que “la afirmación de que incurren en error al manejar el método marxista es la que más los irritaría”, pero “los grandes marxistas han demostrado lo fácil que es, sin que eso sea premeditado, quebrar la unidad de teoría y práctica”. ¿Quiénes eran esos grandes marxistas? Sorprendentemente Gramsci, que “ha prevenido sobre esto

²⁷ Ya en 1957 pensaba lo mismo: “la insurrección no es posible en este momento; pero sí la política insurreccional que hemos expuesto”. Cf. PERÓN-COOKE, vol. I, p. 316.

²⁸ COOKE, “Aportes”, cit., pp. 380-381.

²⁹ *Ibidem*, p. 382.

³⁰ *Ibidem*, p. 394.

con argumentación contundente”. Creía que el error metodológico del PC nacía “no del desconocimiento del carácter superestructural de las ideologías, sino de creer que la interpretación propia de los fenómenos no sufre ese condicionamiento”. Es decir, y lo traduce para que lo entiendan, que “los dirigentes de izquierda no han perdido la característica pequeño-burguesa [...] de pensarse a sí mismos como no influidos por la sociedad en que viven [...] y por la situación social que ocupan” dentro de ella³¹.

El resultado de ese error metodológico del PC, originado en la posición de clase de sus dirigentes, era que confundía “su propia incapacidad para llevar a cabo la liberación nacional, con la incapacidad del país”. El mundo marchaba hacia el socialismo y los dirigentes del PC esperaban pacientemente que la ola llegara a la Argentina “dedicados solamente a perfeccionar el aparato del partido y a pequeños avances sin consecuencia”. Criticaba ese “quietismo” recurriendo nuevamente a Gramsci:

pero el hecho es que en semejante punto de vista el acto de voluntad se convierte en travestismo, en acto de fe en la asegurada racionalidad de la historia. En sus formas, no es más que un empírico y primitivo tipo de fatalismo apasionado, que parece simplemente el sustituto de similares conceptos religiosos, como el de la predestinación. En tales casos, afirmaba Gramsci, se está actuando dentro de la “lógica de las cosas”, pero la conciencia aparece “velada, contradictoria, sin impacto crítico”³².

Cooke no indica la fuente de esa cita, pero en la edición argentina de *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, publicada en 1958, se usan casi las mismas palabras para la caracterización del “determinismo mecánico”³³. Esa concepción de la filosofía de la praxis, que Gramsci no atribuía a la posición de clase, debía dejar paso a otra activista, “que se acerca más [...] a una justa comprensión de la unidad entre la teoría y la práctica”. Cooke expresaba de algún modo la interpretación activista, pero los rastros de la concepción determinista (la inevitabilidad del socialismo) y su recurso a Gramsci como autoridad revelan hasta qué punto había asimilado sus ideas por entonces.

³¹ *Ibidem*, pp. 394-395.

³² *Ibidem*, p. 396.

³³ La cita de Gramsci parece corresponder a un párrafo de la sección titulada “Algunos puntos de referencia preliminares”, del capítulo I de *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (originalmente en el cuaderno XVIII), en el que comenta “los más recientes desarrollos de la filosofía de la praxis”, pero hay algunas diferencias entre lo que transcribe Cooke y la edición argentina de 1958. Las otras versiones entonces disponibles que podría haber consultado eran la edición original italiana de 1948, y una edición francesa de obras selectas en un volumen de poco más de 500 páginas, de 1959. Cf. GRAMSCI, *op. cit.*, pp. 18-19.

La crítica de Cooke tenía por objeto provocar un cambio en la línea del PC. Este no percibía, para él, que el peronismo había nacido “como una rebelión contra todos los partidos”, por lo que la coalición propuesta por el PC no podía ser más que “una nueva fachada, hecha con los escombros de aquel armonioso edificio de los partidos que voló en pedazos y para siempre en 1945”³⁴. Cooke creía que la democracia no se podía reconstruir, ni quería que se reconstruyera. Su idea del futuro tampoco era ya el regreso de Perón al poder, sino la instauración de un régimen socialista al estilo cubano, mediante una lucha insurreccional al estilo cubano. Cooke criticaba la pasividad del PC no solamente desde una perspectiva filosófica, porque estuviese inspirada en una visión determinista y mecánica del marxismo, sino porque creía que la revolución no podía esperar y que había que hacerla por los métodos violentos preconizados por los cubanos.

La violencia, según Cooke, ya estaba presente en la Argentina. El PC parece olvidar, dice, “que entre la caída del peronismo y ahora, media una lucha popular por la violencia”³⁵. Pero si el PC lo olvidaba, no le faltaba razón: la resistencia peronista había cesado hacía ya un año cuando Cooke escribía su informe y su posición favorable a la violencia había sido derrotada dentro del peronismo hacía más de dos años. Él omite estos detalles. Cuatro años antes había reconocido al PC como un partido “completamente organizado, disciplinado, y donde las jerarquías están estructuradas perfectamente”³⁶. No es extraño que los dirigentes de semejante partido, más aún teniendo en cuenta su historia y su función, desoyeran el llamado de Cooke.

A pesar de su apelación al PC, Cooke no ocultaba el papel secundario que le reservaba en la revolución para la que lo requería. Su “profundidad transformadora”, afirmaba, no sería menor sin el “adoctrinamiento” del PC, pero la claridad doctrinaria que éste aportaría podría “apresurar el momento revolucionario y evitar, luego, los tanteos y aproximaciones”. Cooke creía que el PC no debía cerrarse en sus consignas sino unirse al movimiento popular e impulsarlo, pero al mismo tiempo no dejaba de señalarle su marginalidad: “el camino hacia el socialismo pasa ahora por los movimientos de liberación nacional”³⁷. La misión del PC en la revolución de Cooke no era, por lo tanto, participar en la toma del poder, sino solamente aportar “claridad doctrinaria”.

³⁴ COOKE, “Aportes”, cit., p. 397.

³⁵ *Ibidem*, p. 398.

³⁶ Cooke a Perón [Santiago], sin fecha [posiblemente junio de 1957], en PERÓN-COOKE, vol. I, p. 179.

³⁷ COOKE, “Aportes”, cit., pp. 400-401.

Cooke criticaba al PC desde el marxismo, apoyándose en citas de Lenin, de Rosa Luxemburg y de Gramsci. El PC aceptaba, sin duda, la autoridad del primero, pero las citas de Rosa Luxemburg sólo podían servir para confirmar las sospechas acerca del espontaneísmo de Cooke, es decir, su desconocimiento de la misión del partido leninista. También las de Gramsci deben de haber sido vistas con aprehensión, ya que su visión del marxismo desató una polémica en el seno del PC un año más tarde³⁸. Cooke por entonces sólo lo citaba como autoridad, pero escritos posteriores muestran que también había incorporado sus ideas.

El acercamiento de Cooke hacia Gramsci se advierte mejor en su contribución a la encuesta sobre las “Bases para una política cultural revolucionaria”, publicada en *La Rosa Blindada*, en 1965³⁹. Allí desecha definir a la política cultural revolucionaria como una serie de propuestas para el día después de la toma del poder, porque dice que eso supondría una historia sin dialéctica. Considera que “lo cultural” era un componente esencial de la política revolucionaria, porque ésta era la unidad de la teoría y la práctica y porque, a su vez, la teoría era una creación cultural, ya que no es “yuxtaposición de datos en la conciencia sino el resultado de operaciones de pensamiento que generalizan metódicamente la experiencia”. La unidad entre teoría y práctica, continúa, no se da automáticamente sino que es un proceso histórico: “la aprehensión de esa unidad es ‘un desarrollo histórico de la autoconciencia crítica’ y comprende la constante indagación para captar conceptualmente el movimiento de la realidad en su esencia dialéctica”⁴⁰. Esa autoconciencia crítica significa, dice Gramsci, la creación de una elite de intelectuales, los organizadores y dirigentes de la masa, una capa de personas especializadas en la elaboración conceptual y filosófica que expresan el aspecto teórico del nexo teoría-práctica⁴¹. En consecuencia, la aprehensión de la unidad entre teoría y práctica también comprende, continúa Cooke, “la capacitación de una vanguardia en constante crecimiento cualitativo y cuantitativo, la difusión teórica en las masas para cargar sus reivindicaciones de voluntad revolucionaria”. Esta era la tarea del intelectual gramsciano que Cooke había asumido.

Las claves de la acción cultural había que buscarlas en “la teoría general del socialismo” y en “la correcta interpretación de lo concreto-nacional”.

³⁸ JOSÉ ARICÓ, *La cola del diablo*, Buenos Aires, Puntosur, 1988, pp. 201-211; RAÚL BURGOS, *Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 53-59.

³⁹ COOKE, “Bases”, cit.

⁴⁰ La idea de la unidad entre teoría y práctica como desarrollo histórico de la autoconciencia crítica se encuentra en GRAMSCI, *op. cit.*, pp. 16-18. Cf. COOKE, “Bases”, cit., p. 163.

⁴¹ GRAMSCI, *op. cit.*, p. 17.

Esto vale para cualquier clase de fenómenos sociales, señala, pero si se tratase de cuestiones económicas o políticas “tal vez no hubiese sido imperativa esa remisión a los principios marxistas, que podríamos descontar como conocidos por todos, y la preocupación se centraría en confrontarlos correctamente con nuestra realidad”. “Para lo cultural”, sin embargo, “no existen esos puntos de acuerdo común sino que las mejores inteligencias teóricas están dedicadas a una labor crítica para poner al día concepciones que estaban en gran atraso, congeladas en la prehistoria del dogmatismo”. Su análisis parte, entonces, de una revisión de la categoría marxista de “alienación”, según los manuscritos de 1844, para establecer a partir de ella “la tipicidad de la alienación cultural argentina no como cosa particular de la sociedad capitalista clásica sino como país dependiente económica y culturalmente”⁴². Sólo de ese modo, dice, podrían establecerse las bases para superar su forma particular de alienación.

El objetivo de su análisis era fundar una praxis revolucionaria: “el conocimiento revolucionario es conocimiento de la práctica social y guía para la práctica transformadora, y eso quiere decir que hay que saber en qué consiste, cómo se presenta en cada una de sus formas específicas (económicas, políticas, ideológicas), cómo afecta a los hombres y a las clases”. El conocimiento teórico de la filosofía marxista no solía originar una práctica revolucionaria, comenta, “sino una actitud alienada pero con justificaciones prestigiosas”⁴³. Creía que el examen de la teoría de la alienación resultaba necesario porque afectaba a la acción cultural de tres maneras: en primer lugar, porque contribuía “a fundar una doctrina del hombre y de su libertad, del hombre real en su unidad indisoluble con la naturaleza y con los demás hombres, vale decir, en una situación histórico-social concreta”; en segundo lugar, porque “la denuncia de la explotación y la movilización de los explotados por medio del autorreconocimiento de su condición en la sociedad clasista encuentra nuevas evidencias, nuevas formas de la negación que sufren de su esencia humana”, que no se agotaban en el “despojo económico”; y en tercer lugar, porque “el contenido humanista de la construcción de la nueva sociedad después del triunfo revolucionario debe estar en el espíritu de todas las fases de su política, dando lucidez a la justa violencia de los que se rebelan buscando la libertad”.

⁴² COOKE, “Bases”, cit., pp. 164-165. Cooke revela su conocimiento de las ediciones en castellano y en francés de los manuscritos de 1844 y de las obras de algunos marxistas críticos, como Georg Lukács y Henri Lefebvre. De este último menciona *Les problèmes actuels du marxisme*, de 1958, y *Critique de la vie quotidienne*, de 1960, como también la edición argentina de “¿Es el marxismo una filosofía?”, publicado por la editorial Fichas, de Milcíades Peña, en 1965.

⁴³ COOKE, “Bases”, cit., p. 171.

No da más precisiones sobre los dos primeros puntos, que también revelan por su historicismo y antieconomicismo la influencia de Gramsci, pero sobre el tercero agrega que la “reaparición teórica de la categoría de la enajenación” enriquecía “el humanismo propio de la clase trabajadora” y permitía valorar “la experiencia revolucionaria mundial, tanto al considerar las negaciones de hecho de ese humanismo como para percibir las causaciones alienantes en los grandes errores y desviaciones”⁴⁴. La adopción del marxismo como la teoría de la revolución no significaba para Cooke aceptar su principal manifestación histórica, el comunismo soviético.

Esa disociación del que hasta poco tiempo atrás había sido el modelo excluyente de la revolución proletaria se debía no solamente a “las aberraciones criminales del llamado ‘culto a la personalidad’” sino al olvido del objetivo final de lograr la libertad humana. El plan quinquenal o la industria pesada, señala, “fueron perdiendo su carácter de medios para cobrar una existencia mitológica de fines: eran los instrumentos con que el hombre construía su mundo y buscaba su libertad, pero por una inversión maligna, esos fines humanos quedaron como resultado que se daría ‘por añadidura’ en la producción de cosas materiales”⁴⁵. Una “inversión maligna”: Cooke no buscaba en el marxismo mismo la explicación de su principal expresión histórica concreta, sino en una ignota fuente de maldad. Este recurso a fuerzas oscuras o a debilidades personales para explicar los problemas encontrados en la práctica por una teoría que presumía de unir a ambas no era exclusivo de él. Por la “inversión maligna”, entonces, el humanismo había desaparecido de la realidad soviética, que ya no podía ser el modelo de las revoluciones futuras.

Cooke desechaba toda estrategia dilatoria y reclamaba la violencia: “no hay liberación a precio módico”⁴⁶. El análisis de la teoría de la alienación de Marx le servía así para fundamentar la necesidad de la revolución, no ya subordinada a una estrategia mundial ni a la organización de la clase por el partido, sino aquí y ahora, y por medios violentos. Las características del texto, una contribución breve a una revista político-cultural, impedían avanzar sobre el principal interrogante que surgía de él: si la revolución era necesaria ya, ¿cuáles eran las tareas que ella requería? Esos eran los años del foquismo, por lo que ese artículo podía leerse como un llamado a la lucha armada. Cooke, sin embargo, tenía una propuesta más compleja, aunque no más fácil de implementar, que expuso en otros escritos de la misma época, en los que pasa del análisis de la teoría al de la realidad política.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 172-173.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 173.

⁴⁶ *Ibidem*.

LA LECCIÓN DE GRAMSCI

La misión asumida por Cooke tras su regreso a la Argentina era el desarrollo de una política revolucionaria. El artículo de *La Rosa Blindada* la justificaba desde una perspectiva teórica, pero ella requería asimismo una fundamentación histórica y una propuesta de acción. Esto es lo que Cooke comenzó a hacer, según puede verse en los escritos recopilados por Alicia Eguren, en una conferencia que dio en Córdoba el 4 de diciembre de 1964, dos días después del frustrado retorno de Perón⁴⁷. En ella puso de manifiesto una deuda mayor con Gramsci, a quien no recurría ya como una autoridad marxista, sino para explicar, basándose en sus ideas, las características de la política revolucionaria que creía que debía llevarse a cabo en la Argentina y, especialmente, el papel que en ella tenía el peronismo. Ese fue el objetivo de los escritos de sus últimos años, pero en ellos hay variaciones debidas las circunstancias políticas del momento y al público a que cada uno estaba dirigido. La conferencia de Córdoba estaba enmarcada por el revuelo provocado por la fallida operación y su auditorio estaba conformado por activistas de la política universitaria, que desde una izquierda conmovida por la revolución cubana estaban descubriendo al peronismo.

Por ese motivo, seguramente, Cooke eligió el “tremendismo revolucionario”, una forma indirecta de referirse al foquismo propiciado por los cubanos que atraía a ese público universitario, como punto de partida de su análisis de la situación del peronismo y de las tareas revolucionarias. Quería convencer a esos militantes tanto de que el foquismo, por su aislamiento de las masas, era inconducente, cuanto de que esas masas eran las que estaban en el peronismo. En cuanto al primero de esos objetivos, las dificultades provenían de que el foquismo postulaba que la revolución era posible con sólo armarse e irse al monte, sin necesidad del trabajo organizativo en el seno de las masas que tanto enfatizaba el PC. En ese mismo año se habían producido dos episodios que expresaban ese postulado: el del Ejército Guerrillero del Pueblo, dirigido por Jorge Ricardo Masetti, organizado y sostenido desde Cuba por el Che Guevara, que cayó en Salta en abril de 1964; y el del grupo dirigido por Angel Bengochea, que sucumbió en la explosión producida en un departamento de la calle Posadas, en Buenos Aires, en julio de ese mismo año⁴⁸. Cooke, hasta

⁴⁷ Publicada originalmente con el título de “El retorno”, fue reproducida como “El retorno de Perón” en COOKE, *La lucha*, cit., pp. 33-77.

⁴⁸ Sobre el EGP, véase especialmente GABRIEL ROT, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000; y CIRO BUSTOS, *El Che quiere verte*, Buenos Aires, Vergara, 2007. Sobre el grupo de Bengochea, véase SERGIO NICANOFF y AXEL CASTELLANO, *Las*

donde se sabe, no había estado vinculado con ellos. En cuanto al segundo objetivo, la dificultad residía en que, además de esas masas, el peronismo contenía otros elementos, como la dirigencia sindical y política, y Perón mismo, a los que desde la izquierda era difícil percibir como revolucionarios.

El tremendismo revolucionario y la burocracia oportunista, señala Cooke, eran “dos expresiones de una misma concepción errónea”, que no era revolucionaria: “entre la no-violencia del burócrata y la violencia sin base teórica y sin base moral del tremendismo, la única diferencia viene a ser *la violencia*, pero despojada de su carácter instrumental, transformada en inmediatez, en respuesta por sí misma insuficiente”. La violencia “sin fundamentos teóricos suficientes” era una simplificación de la realidad, decía, porque fuera del contexto revolucionario, desvinculada de la lucha de las masas, era “la acción de una secta iluminada”⁴⁹. El “violento porque sí” creía que la correlación de fuerzas con el enemigo podía ser modificada “por mero voluntarismo de un grupo pequeño de iniciados”, que aspiraba “a constituirse como vanguardia del movimiento caído de la estratosfera para venir a decirle las verdades reveladas de esa revolución sin fundamento doctrinario, sin base en la realidad, sin otro elemento que la pura demagogia del llamado a la violencia inorgánica y anárquica, por sí”⁵⁰. Quienes promovían ese tipo de violencia no decían “en virtud de qué procesos, por qué mecanismos sociales, la acción de grupos dispersos, ha de transformarse en el triunfo final del movimiento de masas”. El reformismo burocrático y el tremendismo revolucionario, concluía, eran “una falsa disyuntiva”; la verdadera estaba “entre una política reformista y una política revolucionaria, entre una política de grupos y una política de masas”⁵¹. De la burocracia oportunista se encargaría en otras ocasiones, pero en esa, ante aquel público universitario, quería llamar la atención sobre otro punto: la necesidad de que la política revolucionaria no se aislara de las masas.

El problema era entonces cómo llevar a cabo la política de masas. Cooke da una respuesta netamente gramsciana. Para que la clase obrera asumiera “la conducción del proceso nacional”, para que tomara el poder, debía rechazar “las formas ideológicas que corresponden a la organización económico-social vigente” y crear “una visión del mundo propia”: eso era la teoría revolucionaria. “La masa trabajadora” señala, no necesitaba que la halagasen ni que le dieran la razón, sino que sus direcciones políticas explicaran “cómo tiene que tener razón” y la ayudaran “en el esfuerzo por conocer el mundo a través

primeras experiencias guerrilleras en la Argentina: la historia del “Vasco” Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2006.

⁴⁹ COOKE, *La lucha*, cit., p. 38.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 39.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 38-40.

de sus propios valores y no de valores ajenos”. Como creía que en el régimen capitalista lo material y la posesión de la riqueza condicionaban lo espiritual y cultural, afirmaba que la cultura popular sería imposible mientras imperase el capitalismo⁵². La revolución requería establecer previamente la hegemonía de la cultura popular y en ese proceso tenían un papel central los intelectuales. Ellos debían contribuir al desarrollo de esa cultura popular y de la teoría revolucionaria porque su ausencia prolongaba “la hegemonía de formas de pensamiento que son burguesas, antirrevolucionarias”, debido a que lo que no ocupaba la teoría revolucionaria permanecía ocupado “por los mitos del régimen imperante”⁵³. El triunfo del movimiento de masas requería el desarrollo de esa teoría, “junto con la organización revolucionaria y los métodos de lucha”, que eran tres aspectos indivisibles de una misma cuestión⁵⁴. Los intelectuales jugaban un papel clave en esa tarea.

Los intelectuales de izquierda, pensaba Cooke, prestaban más atención a las imperfecciones del peronismo que a su composición de clase. Pero no tenían derecho a exigirle al peronismo que respondiera “a esa imagen ideal que ellos crean en el mundo de las abstracciones perfectas”; por el contrario, debían considerar que las limitaciones del peronismo eran las “de una realidad social determinada, que condiciona a quienes la integran” y, por lo tanto, las de “las clases argentinas que han de construir nuestra sociedad del futuro”. La burocracia frenaba esos “avances de conciencia” pero, remarcaba, “también es cierto que el peronismo fue la causa y el resultado de inmensos progresos de esa conciencia colectiva”. El peronismo no era “la alienación de la clase trabajadora sino el nucleamiento donde ésta confluye y se expresa, la organización a través de la cual hace sus experiencias y da sus batallas”⁵⁵. Esto era lo que contaba para Cooke: el peronismo era la experiencia histórica de la clase obrera argentina. Esa era la lección de Gramsci.

Interpretar de esa manera el peronismo servía para vincular el pasado con el presente, pero no resolvía necesariamente el presente (lo que por entonces era el peronismo) y mucho menos el futuro (lo que sería para la revolución). El peronismo de mediados de los sesenta contenía una gran variedad de tendencias y opiniones, todas ellas alentadas por Perón. La superposición de líneas contradictorias mantenía “intacto nuestro caudal numérico” pero, sostenía Cooke, el número sólo serviría “cuando los elementos más combativos, más claros ideológicamente” estuvieran al frente de las organizaciones gremiales

⁵² *Ibidem*, pp. 44-45.

⁵³ *Ibidem*, p. 54.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ *Ibidem*, pp. 46-47.

y políticas, y sólo gravitaría “si es encuadrado adecuadamente desde el punto de vista organizativo y movilizad en una política revolucionaria de objetivos claros, tácticas adecuadas y métodos de lucha correctos, coordinados en una estrategia que dé respuesta global al *statu quo* que soportamos”. Sin esas condiciones, es decir, tal como se encontraba en ese momento, el peronismo era “un gigante invertebrado y miope”⁵⁶. Esto se debía a la conducción que toleraba esa diversidad, que no se ocupaba de crear conciencia de la explotación ni buscaba los medios para terminar con ella. Esa dirección estaba traicionando a la masa, “aunque subjetivamente esos dirigentes crean que cumplen con su deber, aunque sentimentalmente consideren como propios los dolores de los trabajadores”⁵⁷. No eran los burócratas sindicales o políticos los únicos blancos de esta condena sino, sin duda, también lo era el propio Perón. Pero reclamar a Perón que pusiera fin a esa diversidad, ¿no era reclamar la transformación del peronismo en un partido de clase?

No debía confundirse la composición de clase con la ideología de clase, respondía Cooke. Reconocía que en el peronismo “no todos son proletarios” y que estaba integrado “en parte... por sectores de la burguesía”. Pero se preguntaba, “¿quién ha dicho que porque el peronismo tenga una composición social policlasista su ideología es también policlasista?” Como entre la ideología burguesa y la teoría revolucionaria no había tierra de nadie, “¿por qué el peronismo ha de resignarse a un policlasismo orientado por la ideología burguesa? ¿Por qué ha de someterse a los esquemas de pensamiento de su sector minoritario, el menos combativo, y sobre todo cuando esa ideología es impotente para resolver los problemas de la comunidad argentina y de la Nación como Estado soberano?” La ideología revolucionaria, respondía, era la única que daría soluciones, “no solamente para la clase trabajadora sino también para los sectores de nuestra burguesía que tienen una función constructiva que desempeñar en las etapas de transición hacia nuevas formas de organización de la sociedad”⁵⁸. Cooke aceptaba la diversidad social del peronismo porque los sectores de la burguesía que lo apoyaban no tendrían ningún lugar en la sociedad futura más allá de las etapas de transición, pero por eso mismo, no aceptaba la diversidad ideológica. El peronismo no necesitaba transformarse en un partido de clase por su composición, pero sí necesitaba una conducción que impusiera la ideología revolucionaria.

Cooke no creía que Perón estuviese decidido a hacer algo en ese sentido. Perón era el símbolo de la resistencia al régimen, “un factor de desarrollo de la

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 54-55.

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 55-56.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 56.

conciencia y de la combatividad revolucionaria de la masa”, pero no era parte de esa conducción revolucionaria⁵⁹. Cooke podía reconocer que lo había sido en el pasado porque estaba pensando en el futuro: “la desaparición del general Perón dejaría vacante una jefatura revolucionaria, que jamás podrá asumir un titular reformista”⁶⁰. Perón sólo era un símbolo y su sucesión estaba abierta.

Si Perón tenía ese papel simbólico, ¿cuál era el del peronismo tal como se manifestaba políticamente en ese momento? Cooke creía que el peronismo debía transformarse en el partido revolucionario, en el que “la historia se hace conciencia, la experiencia se transforma en teoría”. El Partido Justicialista no era la vía para realizar esa transformación, porque tenía una conducción reformista. Para él, sólo era la organización legal del movimiento peronista para actuar en el frente político, así como los sindicatos eran las organizaciones para actuar en el frente del trabajo. El partido revolucionario era otra cosa: comprendía al PJ y a los sindicatos, “pero englobándolos en una estructura más amplia e integrándolos a estrategias globales”. Debía combinar todas las formas de lucha, “porque no confunde táctica con estrategia, objetivos inmediatos con objetivos fundamentales”⁶¹. Cooke no podía dejar de percibir que él no estaba en condiciones políticas de llevar a cabo esa estrategia. En consecuencia, el destinatario de sus escritos, como no parece que fuera Perón, serían los peronistas, para que tomaran conciencia de clase y se dieran una dirección capaz de desarrollar la estrategia para la toma del poder. Cooke tenía objetivos políticos distintos de los de Perón y estaba decidido a ignorarlo para cumplir con ellos.

Los objetivos de Cooke implicaban el uso de la violencia, que no era para él más que la respuesta a la violencia de origen social preexistente: “el que algunos tengan mucho y otros no tengan nada, ¿acaso no es un hecho de violencia?... La opresión no es una fatalidad que nos llega del cielo: la opresión es algo que unos hombres le hacen a otros hombres”. La opción entre violencia y no-violencia era falsa: “lo que se debe resolver es si se ha de oponer a la violencia de los opresores la violencia libertadora de los oprimidos”⁶². El problema era entonces cómo se manifestaría la violencia de los oprimidos. Cooke, de acuerdo con lo que había expresado acerca de la construcción de la hegemonía revolucionaria, tendría que haber señalado que esa violencia sería la consecuencia de la tarea de los intelectuales revolucionarios que llevaría a transformar al peronismo en el partido revolucionario. Decía eso, de algún

⁵⁹ *Ibidem*, p. 68.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 73.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 73-74.

⁶² *Ibidem*, pp. 74-75.

modo, cuando afirmaba que la teoría revolucionaria debía comprender una teoría de la violencia para que no ocurrieran “los desastres de la violencia sin teoría del aventurerismo” o “errores de concepto como los del reformismo”. Pero cuando afirmaba que la violencia revolucionaria se ejercería contra “los enemigos de los seres humanos” y que era “amor a los hombres que se traduce en odio a quienes causan su desgracia”, estaba introduciendo un componente emocional ausente en la teoría marxista. Con ese llamado a ejercer la violencia sobre los opresores para conseguir la liberación inmediata de los oprimidos saltaba del marxismo de Gramsci al legado de la revolución cubana.

EL OBSTÁCULO DE LA REVOLUCIÓN

En su conferencia de Córdoba, Cooke delineó las bases de una política revolucionaria para ser desarrollada desde adentro del peronismo, pero al mismo tiempo señaló que había un obstáculo para que ella fuera posible: la burocracia. En los textos que fueron publicados en 1973 con el título de “Apuntes para la militancia”, aparentemente escritos entre fines de 1964 y fines de 1965, Cooke analiza con mayor detalle ese problema⁶³.

La masa peronista, dice, sólo recibía de “las estructuras dirigentes del movimiento”, “aparte de algunas directivas circunstanciales”, “espaciados pronunciamientos reiterando la monotonía de algunas trivialidades que han perdido hasta su carácter ornamental y nada agregan, sólo confusión, a lo que el pueblo conoce a través de su propia experiencia”. Cooke creía que “una de las funciones inexcusables de cualquier dirección es extender y ahondar ese conocimiento directo, elaborar críticamente los datos de la realidad contemporánea y presentar conclusiones que aclaren su sentido, extraer y generalizar las enseñanzas que deja la acción colectiva [...]”. “La omisión de ese deber”, subraya, “basta para descalificar a los cuadros superiores del peronismo”⁶⁴. Esa incapacidad, “responsabilidad exclusiva de las altas direcciones” que se limitaban a los “hechos tácticos” y no se fijaban “una estrategia de poder”, era la manifestación del pensamiento burocrático⁶⁵. El “desajuste entre la rebeldía popular y las estructuras encargadas de transmutarla en acción revolucionaria”

⁶³ JOHN WILLIAM COOKE, *Apuntes para la militancia: peronismo crítico* [Buenos Aires], Schapiro, 1973. Esa obra está compuesta de fragmentos inconexos: el capítulo 1 se refiere a la situación del peronismo en diciembre de 1964, fecha del prólogo de Cooke; el capítulo 2 y las dos primeras secciones del capítulo 3 son un pantallazo histórico desde mediados del siglo XIX hasta 1945; y la tercera sección de ese capítulo parece corresponder a una conferencia dada en la CGT de Bahía Blanca en 1965.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 21-22.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 94.

no se debía a un burócrata en particular, sino a la burocracia como “sistema de conducción del Movimiento”.⁶⁶ Cooke no estaba criticando a dirigentes menores: la conducción del movimiento peronista, siempre se supo, era Perón.

La crítica a la burocracia fue introducida en el debate político posterior a la caída del peronismo por Cooke. Puede pensarse que el crecimiento del poder del sindicalismo en esos años, bajo el liderazgo de Vandor, era una razón suficiente para recurrir a ese concepto. Cooke, sin embargo, no lo asoció al sindicalismo. Su crítica apuntaba a un tipo de conducción que prestaba más atención a las ganancias políticas inmediatas que a lo que él creía necesario para la toma del poder. No excluía al sector político, ni a Perón mismo, ni diferenciaba entre la burocracia política y la burocracia sindical. La diferenciación entre una y otra y la demonización de esta última fueron desarrollos posteriores a la muerte de Cooke, aunque contemporáneos a la publicación de sus libros. ¿De dónde tomó él ese concepto? En la tradición marxista fue utilizado por Lenin, como señala Esteban, y por el trotskismo, especialmente por Trotsky en *La revolución traicionada*, pero para éste la burocracia no era un obstáculo para la revolución sino una deformación del régimen surgido de ella⁶⁷. También Gramsci puede haber sido la fuente de inspiración: “la burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ella termina por constituir un cuerpo solidario y aparte y se siente independiente de la masa, el partido se convierte en anacrónico y en los momentos de crisis aguda desaparece su contenido social y queda como en las nubes”⁶⁸. Para Cooke, la burocracia peronista se había independizado de la masa y era, en consecuencia, un escollo para la política revolucionaria.

El peronismo tenía ante sí, en consecuencia, dos líneas de acción posibles: la burocrática y la revolucionaria. La primera implicaba confiar en que “de alguna manera imprevista” se llegaría al poder; la segunda se basaba en la movilización del pueblo para alcanzar ese fin. Su adhesión a la línea revolucionaria resultaba de su caracterización del peronismo como “un encuadramiento de fuerzas populares vertebrado en torno a la clase trabajadora”, a la que asignaba, como marxista, un “mandato histórico”⁶⁹. Este mandato era la revolución, que la burocracia obstaculizaba.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 33,35.

⁶⁷ [JUAN CARLOS] ESTEBAN, *La situación nacional y las consignas de “Clase Obrera”*, Buenos Aires, Liberación Nacional, 1955, p. 23; ISAAC DEUTSCHER, *The prophet outcast; Trotsky: 1929-1940*, Oxford, Oxford University Press, 1980 [1ª ed., 1963], pp. 55, 298-313.

⁶⁸ ANTONIO GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, traducción y notas de José Aricó, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998 [1ª ed. italiana, Einaudi, 1949; 1ª ed. argentina, Lautaro, 1962], p. 64.

⁶⁹ COOKE, *Apuntes*, cit., pp. 29-30.

Esa caracterización del peronismo cuestionaba el papel de Perón no ya en la revolución futura, tal como había puesto de manifiesto en la conferencia de Córdoba, sino como conductor del peronismo, ya que la crítica a la conducción burocrática lo involucraba directamente. Para él, más que una tarea Cooke tenía un ultimátum: “si por apatía o inadvertencia ante los factores retrógrados que obran en su seno, el Movimiento está por debajo de ese papel, otras direcciones aparecerán para reemplazar su misión renunciada, y semejante abdicación habrá retardado la hora cenital de la libertad argentina, hasta que se supere el doloroso desconcierto de su ausencia y se reencaucen las incontenibles energías de la voluntad nacional insurrecta”. Cooke anunciaba para tal caso la muerte política de Perón y también quién sería su ejecutor: “las bases impedirán que se lleve al peronismo a ese final inglorioso”⁷⁰. Si Perón optaba por la línea burocrática sería arrastrado por la historia; pero, ¿cuál sería su papel si optaba por la línea revolucionaria? Cooke no tenía respuesta porque no creía en tal posibilidad.

El planteo de Cooke también desvelaba una paradoja: como clase obrera, es decir como categoría teórica, el peronismo seguía teniendo la misión histórica asignada por el marxismo; pero como peronismo, es decir como expresión histórica, tenía una “falla teórica”, por “la falta de una adecuada teoría revolucionaria para encarar esta coyuntura histórica”. Cooke estaba en el punto que Lenin había resuelto en *¿Qué hacer?* mediante el partido revolucionario y proponía, tal como lo había hecho en Córdoba, la misma solución: la clase obrera

debe dentro de las tácticas estructuradas, dentro de todos los compromisos tácticos que se quiera, irse planteando la acumulación y la integración dentro de una estrategia general que tienda a la toma del poder. ¿Y eso se produce dónde? En el partido revolucionario. El partido revolucionario es el lugar donde la historia deja de ser espontánea, mero espontaneísmo, para hacerse conciencia. Es el lugar donde la práctica y la teoría confluyen para constituir una unidad que es la que le da potencia a la clase trabajadora y efectividad en el problema⁷¹.

Esta afirmación de la necesidad del partido revolucionario puede llevar a pensar que Cooke, luego de abandonar su apelación al PC para que asumiera una política insurreccional, se proponía crear un nuevo partido que, actuando dentro del peronismo, sustituyera al PC en la función revolucionaria que le reclamaba. Pero, tal como lo sugiere en un artículo publicado en *Cristianismo* y

⁷⁰ *Ibidem*, p. 30.

⁷¹ *Ibidem*, p. 114.

Revolución a fines de 1966, su idea era otra: el peronismo debía transformarse en el partido revolucionario⁷².

¿Cómo creía Cooke que el peronismo, entonces en manos de la conducción burocrática, podría transformarse en el partido revolucionario? La misión, que en ese artículo explica de un modo más claro que en la conferencia de Córdoba, estaba a cargo del “peronismo revolucionario”, al que definía como “una vanguardia que busca reconciliar la política del Movimiento con el verdadero papel que éste tiene en el enfrentamiento de las fuerzas sociales”, es decir, que debía reconciliar la realidad del peronismo con la misión histórica de la clase obrera. La tarea de esa vanguardia no era “una obra de mera predicación sino de militancia combativa y de difusión de las verdades esenciales que eleven el nivel de conciencia de los sectores que tienen la misión de construir la nueva sociedad en un país liberado”. Aunque las “verdades esenciales” parecen remitir a una visión mecanicista, Cooke veía a la política revolucionaria como “acción esclarecida por el pensamiento crítico; una permanente indagación sobre una realidad fluida que no se somete a ninguna sabiduría inmóvil centelleando verdades definitivas”⁷³. Más Gramsci, sin duda: el partido revolucionario de Cooke era el “príncipe moderno”, el resultado de la acción de una vanguardia en el seno de las masas (aunque, para complicar las cosas, éstas no eran organizativamente vírgenes y tenían una historia particular que las había llevado a ser dirigidas por una burocracia).

Cooke da por sentada la necesidad de la vanguardia en el “Informe a las bases”, publicado también a fines de 1966⁷⁴. A los integrantes de la izquierda nacional que se habían ilusionado con que el golpe de estado de junio de 1966 produciría un nuevo encuentro de pueblo y ejército, tal como el que creían que se había dado en 1945, Cooke les advierte que por ese medio el peronismo no llegaría al poder. Si eso fuese posible, “las vanguardias no serían indispensables, no demasiado útiles siquiera, o mejor dicho, no habría vanguardias, desde que la conciencia revolucionaria sería un espejismo con que nos engaña la realidad enigmática donde operan leyes incomprensibles o un azar dislocado que torna posible cualquier resultado en cualquier circunstancia”. Cooke no refuta el azar en nombre del determinismo (la inevitabilidad de la revolución proletaria) sino en nombre de la unidad teórico-práctica que realiza la vanguardia. La revolución no podía para él ser el resultado de un factor externo

⁷² COOKE, “Definiciones”, cit., p. 15.

⁷³ *Ibidem*.

⁷⁴ JOHN WILLIAM COOKE, *El peronismo y el golpe de estado. Informe a las bases del movimiento* [Buenos Aires], Acción Revolucionaria Peronista, 1966, reproducido en JOHN WILLIAM COOKE, *Peronismo y revolución: el peronismo y el golpe de estado; Informe a las bases*, Buenos Aires, Papiro, 1971.

sino del desarrollo de la conciencia revolucionaria del proletariado, que sería consecuencia de la acción de la vanguardia.

La acción de la vanguardia produciría el desarrollo de la conciencia revolucionaria del proletariado, pero ¿cómo? Aunque el “Informe a las bases” es contemporáneo del artículo de *Cristianismo y Revolución*, se nota una diferencia entre las respuestas dadas por Cooke a esa pregunta: en aquel se diluía el papel del partido revolucionario. El desarrollo de la conciencia revolucionaria estaba a cargo de la vanguardia revolucionaria, que no era “una minoría autodesignada en mérito a la admiración que a sí misma se profesa, sino el cumplimiento de una función que hay que revalidar constantemente mediante la comprensión teórica de una realidad fluente”, sin verdades definitivas. Esto quería decir que ese conocimiento no era “exterior a la práctica de las masas, sino la experiencia directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico”, que sólo adquiriría “valor revolucionario en cuanto se ‘socializa’ al ser incorporado por las masas a su acción, pues ellas son las actoras y también destinatarias de la revolución”⁷⁵. La explicación podía ser satisfactoria desde una perspectiva teórica, pero ¿cómo se establecía en la práctica el vínculo entre la vanguardia y las masas?

Entre la vanguardia y las masas había un nexo: Perón. Criticado en escritos anteriores como responsable último de la conducción burocrática, en el “Informe a las bases” Perón se transforma en “el héroe revolucionario, el líder de masas” y, como tal, “tiene una densidad de la que carece el demagogo o el caudillo que apela solamente a lo irracional de las multitudes para servirse de ellas”⁷⁶. La diferenciación entre héroes y líderes, de un lado, y demagogos y caudillos, de otro, le sirve para explicar el papel de Perón, pero al hacerlo se separa de toda fuente de inspiración marxista, aun gramsciana, para avivar el rescoldo de su pasado nacionalista. Los demagogos y caudillos aparecen “por influjo de determinadas circunstancias históricas, pero no para sobrepasar las contradicciones de una sociedad injusta sino para afirmarla e integrar en ella a los pueblos durante un corto lapso”. Es decir, ellos son ajenos a la clase obrera y sólo sirven para arrastrarla en una dirección contraria a sus intereses. En cambio, “el héroe del pueblo, el líder revolucionario, no es un fenómeno personal sobreimpuesto a la realidad que permite su surgimiento, sino un protagonista que integra esa realidad y expresa las fuerzas de crecimiento, las ansias de libertad de los oprimidos, la voluntad nacional de constituirse como comunidad soberana”. Cooke no puede decir que el héroe y el líder expresan a la clase obrera, porque de esa manera eliminaría la necesidad de la vanguardia; sin embargo, los presenta como parte del proceso de la lucha antiimperialista

⁷⁵ COOKE, *Peronismo y revolución*, cit., p. 18.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 102.

y de conformación de la conciencia revolucionaria de la clase obrera. No los asimila a los jefes carismáticos, ni aún a los que Gramsci considera progresivos, pero los presenta como una etapa si no necesaria, al menos producto de las circunstancias históricas⁷⁷. Si su análisis de la función del líder hubiera quedado allí, habría ya sido suficientemente peculiar desde una perspectiva marxista. Pero no se detiene en ese punto, sin embargo.

“El héroe se carga de contenido, de belleza, de fuerza”, continúa Cooke, “porque en él se objetivan los anhelos y ansias, aspiraciones multitudinarias que irrumpen cuando a determinadas condiciones históricas se une la voluntad de las clases y de la nación explotada”⁷⁸. Ese había sido para él el papel de Perón en 1945, “esa su relación con el pueblo que demandó su libertad”. El 17 de octubre había sido “la eclosión de la conciencia popular, que certeramente identificó su suerte con la del líder, en quien había encontrado el punto de confluencia de tantas voluntades dispersas, la voz que expresaba sus anhelos, el poder que los realizaría”. Aunque Cooke pretende diferenciar al demagogo y al caudillo del líder de masas, la diferencia que establece es de carácter subjetivo: su propia opinión acerca de las políticas que implementaban. Pero fracasa en establecer diferencias de carácter objetivo en el ejercicio del poder: en todos los casos se trata de una personalización extrema, de la sujeción de la ley al arbitrio personal, de la eliminación de todos los contrapesos institucionales con que la democracia liberal limita el poder personal. Cooke mismo apuntaba contra ese orden político al distinguir la democracia y el liberalismo, es decir, la democracia como expresión de la voluntad general y el liberalismo como expresión de un equilibrio de poderes, en los que el pueblo es la fuente de la legitimidad, pero como señala la constitución de 1853, “no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes”. Frente al poder limitado, él estaba por el poder irrestricto; frente al gobierno de la ley y de las instituciones, él estaba por el poder personal. Cooke señalaba, como lo hace Talmon, esas dos tradiciones de la democracia, pero mientras que lo que éste llama democracia totalitaria, originada en la voluntad general de Rousseau, se manifestaba en la dictadura, para Cooke lo opuesto a la democracia liberal, representativa, era el líder⁷⁹. Cooke estaba dando un salto a considerable distancia de toda la tradición marxista, en la que la clase obrera se reconocía en los partidos socialistas o comunistas, no en una persona. Ni siquiera Stalin había transformado

⁷⁷ Sobre los jefes carismáticos, véase el fragmento sobre el cesarismo en GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo*, cit., pp. 71-75.

⁷⁸ COOKE, *Peronismo y revolución*, cit., pp. 102-103.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 61; J. L. TALMON, *The origins of totalitarian democracy: political theory and practice during the French Revolution and beyond*, Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1986 [1ª ed., 1952].

el “culto a la personalidad” en una categoría teórica. El líder de Cooke estaba más cerca del Duce o del Führer, expresión del “espíritu del pueblo”, que del Caudillo, expresión de la “identidad de destino” e “intérprete de la tradición”, según la caracterización que de ellos hizo un teórico del franquismo⁸⁰.

Perón era para Cooke “el dirigente máximo [...] el punto de mira, el elemento aglutinador de las voluntades [...] el elemento de orientación en medio del confusionismo del régimen y de las condiciones desfavorables en que actúa la masa”. Perón mantenía los atributos de líder revolucionario, y como tal jugaba un papel decisivo que los burócratas (a los que Cooke ahora diferenciaba de Perón) no comprendían: “El don de Perón es, para ellos, mágico, sin relación con los fenómenos sociales concretos. Es un ídolo al cual se le hacen ofrendas de adoración incondicional y que luego cada uno lo carga con el contenido que le conviene en cada oportunidad”⁸¹. Al exculpar a Perón por el estado del peronismo, luego de las acusaciones directas que le había efectuado dos años antes, Cooke también estaba haciendo ofrendas al ídolo. Las hacía porque Perón era la llave que abriría mágicamente el corazón de las masas a la acción de la vanguardia. Cooke había descubierto algo nuevo, que no tenía vinculación alguna con la teoría marxista, pero que era útil para su política revolucionaria.

EL FOQUISMO DE MASAS

El descubrimiento de Cooke le sirvió, en “La revolución y el peronismo”, su último texto, escrito en 1967 y publicado en forma de folleto a comienzos del año siguiente, pocos meses antes de su muerte, para unir dos conceptos que hasta entonces estaban separados: peronismo y foquismo⁸². En esos años, muchos jóvenes militantes de una izquierda en crisis, en la que el PC había perdido su papel hegemónico de otrora, enfrentaban la opción entre uno u otro. El foquismo significaba la lucha armada en el ámbito rural: así lo había señalado el Che Guevara en su manual sobre la guerra de guerrillas en 1960 y lo había reiterado Régis Debray en su folleto “¿Revolución en la revolución?” en 1967, ambos ampliamente difundidos en toda América Latina⁸³. El peronismo, en cambio, representaba la opción por las masas, concentradas en ámbitos urbanos. En “La revolución y el peronismo”, Cooke presentó la justificación

⁸⁰ FRANCISCO JAVIER CONDE, “Espejo del caudillaje” (1941), en *Escritos y fragmentos políticos*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1974, vol. 1, p. 386 y ss.

⁸¹ COOKE, *Peronismo y revolución*, p. 227.

⁸² JOHN WILLIAM COOKE, “La revolución y el peronismo”, reproducido en COOKE, *La lucha*, cit., pp. 79-107.

⁸³ ERNESTO CHE GUEVARA, *Guerra de guerrillas*, La Habana, 1960; RÉGIS DEBRAY, *¿Revolución en la revolución?*, La Habana, 1967.

necesaria para desarrollar la lucha armada desde adentro del movimiento de masas y esto, en la Argentina, quería decir en el seno del peronismo.

Para comprender la visión de Cooke de la revolución y del papel que en ella jugaría el peronismo hay que partir de su caracterización del gobierno peronista. Éste había llevado a cabo el “proceso democrático-burgués, aunque en forma indirecta, como imposición de un frente antiimperialista cuya base de apoyo estaba en la clase trabajadora, sectores de la clase media y el sector nacionalista del ejército”⁸⁴. Ese proceso, sin embargo, se había detenido: “cuando desaparecieron las condiciones de la gran prosperidad de post-guerra, y se cerró el ciclo de ingreso nacional creciente [...] se agudizó la lucha de clases”. Las contradicciones “ya no se dieron tajantemente entre dos frentes tal y como se constituyeron en 1945, sino también en el seno del peronismo”: el ejército, la burguesía y los burócratas de un lado y la clase obrera de otro. La “amalgama de fuerzas diversas” que había sido su fortaleza en 1945 se transformó en su debilidad. El liderazgo de Perón, “aceptado sin reservas por la clase trabajadora y con apatía creciente por los otros sectores de nuestro Movimiento” evitó las colisiones, “pero aunque podía absorber esas contradicciones, no las suprimía”. La desarticulación del frente produjo la caída de Perón, que no llevó a la desaparición del peronismo, pero sí a su transformación. El frente policlasista se destruyó y lo que quedó fue la clase obrera. Para Cooke, el peronismo era ante todo la clase obrera: “la cohesión y empuje de nuestro Movimiento es la de las clases que tienden a la destrucción del *statu-quo*”. Por eso resumió en una frase impactante que puede leerse en más de un sentido: los peronistas “seguimos siendo el hecho maldito de la política argentina”⁸⁵.

Esa era una característica negativa, pero ¿tenía el peronismo alguna característica positiva? Cooke no creía que fuera “la maravilla de los siglos”, “ni el partido revolucionario tal como se lo concibe desde el punto de vista del marxismo”, pero tampoco era “un partido de la burguesía ni una alienación de la clase trabajadora tal como lo concibe un izquierdismo pueril que adjudica a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toma como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto”. La principal característica positiva era que representaba “el más alto nivel de conciencia a que llegó la clase trabajadora argentina”. El peronismo, ya lo había sugerido desde el comienzo de sus lecturas gramscianas, era la expresión histórica de la clase obrera argentina. De allí derivaba todo su potencial revolucionario que, como ya había cumplido su fase democrático-burguesa, sólo podía canalizarse hacia la realización de la revolución socialista. Por falta de una ideología revolucionaria

⁸⁴ COOKE, *La lucha*, cit., p. 82.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 83.

y por su conducción burocrática, sin embargo, seguía siendo (como ya lo había dicho en su conferencia de Córdoba) “un gigante invertebrado y miope”⁸⁶.

La revolución en la Argentina, decía Cooke, era impensable sin el peronismo, por lo que la movilización revolucionaria de las masas se daría desde su propio seno. Pero el peronismo tal como estaba no bastaba para producirla. Era necesaria “la acción de vanguardias que impulsen el avance de conciencia y la movilización de sus masas tras una política real de poder”. Una de esas vanguardias era Acción Revolucionaria Peronista (ARP), la agrupación creada por él en 1964, “orientada para luchar contra la dependencia y la explotación por medio de la lucha revolucionaria”. Ella, apuntaba, no era un partido político para respaldar la acción militar ni un sector militarizado de un partido político. Era una organización que operaba “en todos los frentes en defensa de sus posiciones políticas, sirviendo los propósitos de la lucha revolucionaria”; actuaba “sobre la base del Movimiento Peronista, participando de sus luchas políticas y sindicales, influyendo para la adopción de líneas de acción correctas, eventualmente incluso a través de posiciones dentro de los organismos gremiales y partidistas”, pero sus representantes estaban sujetos “a la política y a la conducta trazada por ARP cuando ésta se halla en contradicción –como es frecuente– con la que establecen las direcciones burocráticas”. Cooke no suponía que ARP fuese la única vanguardia, sino una de las vanguardias revolucionarias. La revolución sería un proceso largo, por lo que no era una tarea exclusiva de los peronistas, sino de todos lo que asumiesen la condición de revolucionarios. Esta condición significaba “coincidencia en los objetivos de liberar el país del imperialismo, liquidar su régimen social clasista y construir el socialismo y coincidencia en que esas aspiraciones sólo pueden lograrse mediante la acción armada, promovida por la vanguardia y llevada a término por las masas populares”⁸⁷. ARP, en consecuencia, no era todavía un partido político para respaldar la acción militar ni un sector militarizado de un partido político, pero indudablemente, si cumplía su función como vanguardia, debería practicar, en algún momento, la lucha armada. Cooke quizá no había dejado de lado su intención de transformar al peronismo en el partido revolucionario, pero la misión de la vanguardia era iniciar la lucha armada y conectarla con las masas populares. El marxismo de Gramsci se fundía con la teoría del foco.

La inspiración gramsciana le había permitido a Cooke reconocer al peronismo como la experiencia histórica de la clase obrera argentina y, a partir de ese reconocimiento, definir un concepto que excedía aquella influencia. Al descubrir el marxismo, Cooke podría haber encontrado que el peronismo no

⁸⁶ *Ibidem*, p. 84.

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 89-90.

se ajustaba a ninguno de los modelos disponibles en esa tradición y, en consecuencia, que era necesaria la organización independiente de la clase obrera, dentro o fuera del partido. Pero en su acercamiento al marxismo se encontró con Gramsci, cuyas ideas le permitieron explicar al peronismo como la experiencia histórica de la clase obrera, justificando, de paso, su propia historia personal desde una novedosa perspectiva teórica. Esa explicación era buena para el pasado, pero no lo era necesariamente para el presente ni para el futuro. El peronismo del presente estaba dominado por la burocracia. Cooke podría haber dicho entonces que el peronismo había sido la experiencia histórica de la clase obrera pero que ya no lo era más, o podría haber dado batalla a esa burocracia por el control del peronismo tal cual era. No hizo lo uno ni lo otro: decidió desarrollar su propia política revolucionaria sin dejar de proclamarse peronista. “Somos peronistas”, afirmaba, “actuamos en el seno del movimiento de masas, y no diferenciados de él”. El peronismo expresaba “las limitaciones de nuestra propia sociedad nacional” y encerraba “las posibilidades... de superarlas colectivamente”. Este es el punto clave de la argumentación de Cooke: el peronismo era la experiencia histórica de la clase obrera argentina, pero también su identidad política. Había logrado escindir, sin teorizar al respecto, la identidad peronista de la realidad que le ofrecía el peronismo tal cual era entonces. Cooke ya no era peronista por su coincidencia con Perón, sino por lo que el peronismo significaba para él, independientemente de lo que Perón u otros peronistas hiciesen o pensasen.

La identidad peronista planteaba dos problemas: por un lado, qué tipo de acciones debía llevar a cabo la vanguardia; por otro, el papel de Perón, todavía jefe del peronismo, en ese proceso revolucionario. Cooke era muy parco respecto del primero, pero eso podía ser simplemente para ahorrar los detalles de la revolución que impulsaba (fuese por razones de seguridad o por su confianza en la dialéctica de la historia), y resolvía el segundo de una manera demasiado sumaria. Perón era “el máximo valor de la política democrático-burguesa en la Argentina, un pre-marxista que, por inteligencia y por conocimientos generales sigue la evolución que toma la historia y simpatiza con las fuerzas que representan el futuro”⁸⁸. No creía que fuese un obstáculo para la lucha armada, “por cuanto existe una clara y necesaria continuidad histórica entre el proceso iniciado bajo su liderazgo el 17 de octubre de 1945 con las banderas... y el proceso revolucionario que hoy comienza a desarrollarse bajo otras formas de lucha pero manteniendo e integrando en un proceso superador las banderas iniciales”; pero eso no significaba que fuese en ese momento “el destinado a trazar una política revolucionaria, entendida como unidad de teo-

⁸⁸ *Ibidem*, p. 92.

ría, organización y métodos de lucha”⁸⁹. Perón era el pasado y no tenía futuro; no importaba como conductor sino como mito⁹⁰.

El mito de Perón perduraría porque no era “una torpe idolatría de las masas”.

Al afirmar su fe en Perón, explicaba, al reconocerle implícitamente una infalibilidad que se da por sentada, pero sobre la cual no desea discutir, al dotarlo de condiciones excepcionales y posibilidades casi mágicas de triunfo, el hombre de nuestra base no hace sino proyectar hacia el jefe lejano algo que anhela y que la sucia realidad en que se mueve no le ofrece; y, además, Perón no sólo es el artífice de la única época en que el obrero fue feliz [...] sino algo más importante: es el recuerdo, el símbolo, de la primavera revolucionaria del proletariado argentino, del momento cenital de las grandes conquistas sociales y las reivindicaciones nacionales.

El mito de Perón sí estaba vivo, porque se alimentaba “tanto de la adhesión de los obreros como del odio que le profesa la oligarquía no atenuado por los años porque es el reverso del amor de los humildes”. Por eso, remarcaba Cooke, “creer que ese liderazgo pueda ser suplantado por la superioridad en los planteos o por la capacidad de conducción política es ignorar todo eso”⁹¹. Cooke no advertía que semejante papel le cuadraba mejor a un muerto que a un vivo: ¿por qué habría de ser Perón un espectador pasivo de esa revolución que lo privaría del apoyo de las masas y lo arrumbaría en el desván de la historia? Cooke confiaba en que Perón nunca regresaría. Pero, ¿si el proceso revolucionario avanzaba bajo la bandera del peronismo no reclamarían las masas su presencia?

Nuevos mitos surgirían en la lucha, creía Cooke, sin entrar en colisión con el mito de Perón. Imaginaba que “Perón se interpone, para bien o para mal, en el camino de políticos y liderazgos reformistas”, pero no “en los liderazgos que no dupliquen su papel sino que surjan como producto de nuevas formas de lucha”. Cooke confunde el mito con el liderazgo, suponiendo que éste conduce necesariamente a aquel. Quizás acertara en que Perón podía convivir con otros mitos, pero ¿podría convivir con otros líderes? “El pueblo”, continúa Cooke, apropiándose sin timidez del sujeto colectivo, “no encontrará incompatibles su lealtad peronista con su adhesión a hombres y grupos del Movimiento que le abran nuevas perspectivas para continuar en la trayectoria que quedó trunca,

⁸⁹ *Ibidem*, pp. 92,94.

⁹⁰ Quizás a ese descubrimiento se deba el hecho de que la última carta de Cooke a Perón –suponiendo que la *Correspondencia* incluya todas las cartas que le envió– sea del 21 de febrero de 1966, cuando aun le quedaban dos años de vida y de actividad política. Cf. PERÓN-COOKE, vol. II, pp. 356-367.

⁹¹ COOKE, *La lucha*, cit., p. 93.

parecería que definitivamente”. Esta es la clave práctica de la fusión del peronismo y marxismo en Cooke: la lucha bajo cobertura peronista produciría otros líderes y otros mitos que se sumarían al de Perón. El nuevo mito sería provisto por la conducción revolucionaria, que se cargaría “con el magnetismo de su antiguo prestigio, llevando, a través de esta síntesis, al pueblo, después de años de derrota y proscripción, a nuevas, gloriosas, y esta vez sí definitivas victorias”⁹². De esta manera la identidad peronista servía de vínculo entre el pasado y el futuro, independientemente de las otras manifestaciones del peronismo.

Para Cooke había comenzado, cualquiera fuese su duración, “la última etapa del proceso argentino”. La alternativa entre “la dictadura violenta o dictadura encubierta en la semidemocracia”, que era como caracterizaba al orden político bajo el gobierno de Illia, bajo el de Onganía había pasado a ser “régimen dictatorial burgués-imperialista o gobierno revolucionario de las masas mediante el triunfo de la guerra revolucionaria”. No creía en la posibilidad de que se regresara a aquella semidemocracia, y mucho menos a una democracia plena (que, por lo demás, no le interesaba), por lo que el retorno a una forma de gobierno representativo debía ser bloqueada por la violencia. Su concepción estratégica era “hoy y siempre, la de la lucha armada”⁹³. La teoría del foco prevalecía, pero su práctica debía realizarse sin excluirse del peronismo.

La lucha armada planteaba el problema de las condiciones necesarias para su desarrollo. Esta cuestión lo llevó a criticar nuevamente al PC, que sólo aceptaba el empleo de la violencia en “ciertas condiciones [...] que la diferencien de la ‘provocación’ y la ‘aventura’”. Cooke preguntaba si esas condiciones sólo podían ser fijadas por “los que detentan el monopolio de Lenin, Marx, de la filosofía marxista, de la ‘representación del proletariado’”. A esas preguntas retóricas contestaba: “Nosotros no tenemos, lo confesamos mucha confianza en esos sabios de la historia que nos adelantan el final pero nunca entienden lo que pasó ayer o está pasando ahora”. ¿Cómo sabían que no había condiciones? Para Cooke, el PC las clasificaba según un patrón doble: los revolucionarios eran quienes tomaban el poder, como Lenin, Mao y Fidel Castro; y los aventureros, quienes “fracasan, mueren, van presos”. “No nos parece un criterio muy marxista de análisis”, señalaba, “más bien creemos que lo enunció Maquiavelo”. El PC acertaba siempre porque se apropiaba de los aciertos ajenos. Para Cooke, “acertar con Fidel Castro” era intentar “lo que él intentó, seguir el camino que él abrió”⁹⁴. Hasta aquí, la crítica de Cooke al PC

⁹² *Ibidem*, p. 94.

⁹³ *Ibidem*, p. 96.

⁹⁴ *Ibidem*, pp. 104-105.

era metodológica: el PC propiciaba un método, el partido leninista, y como éste no había funcionado más allá del modelo original, se apropiaba de otras revoluciones, pero no variaba el método.

Cooke iba más allá de la crítica metodológica, sin embargo, para efectuar otra que se situaba en el mismo plano emocional en que había justificado la violencia en su conferencia de Córdoba o explicado al líder en el “Informe a las bases”. Sólo esa vocación por conmover los sentimientos de sus lectores con frases altisonantes (y la facilidad que tenía para acuñarlas) le permitió afirmar que “en último caso siempre es preferible ser derrotado o muerto con el Che Guevara, que acertar y triunfar con Vittorio Codovilla”. A lo que agregaba, como si esa infausta sentencia no bastara: “Sobre todo, mucho más alegre”⁹⁵. ¿Por qué podía ser más alegre morir con aquel que triunfar con éste? Esa afirmación no carecía, por cierto, de repercusiones políticas, pero no tenía ningún sustento teórico, al menos en el marxismo, ya fuese el de Marx o el de Gramsci. Esa lúgubre alegría, el desdén no ya solamente de alternativas menos violentas que la lucha armada sino de otras concepciones de la política, aún de la política marxista, es una marca original de Guevara que a través de Cooke inspiró sin duda a muchos de quienes en esos años se transformaron en revolucionarios.

La lucha revolucionaria, la violencia, eran para Cooke infalibles: “La razón de nuestra línea sólo puede demostrarse, a escala de las masas, por su aplicación exitosa. En cambio nuestro fracaso... no les daría la razón a nuestros críticos: ellos lo computarán como un fruto de su propia sabiduría, pero podría deberse a fallas concretas de nuestra acción o a cualquier factor de la contingencia y no a errores de concepción”⁹⁶. Los marxistas ortodoxos que Cooke menospreciaba seguramente pensaron que de esta manera anteponía las ideas a la experiencia, la teoría a la práctica. Su llamado a la acción esquivaba el quietismo, cuya crítica había leído en Gramsci, pero no el fatalismo optimista del determinismo mecánico. También Cooke se apropiaba de los triunfos para su teoría revolucionaria y dejaba las derrotas para las debilidades humanas o la casualidad.

El último escrito de Cooke expresa tanto la influencia teórica de Gramsci como la herencia metodológica de la revolución cubana. El peronismo era la experiencia de la clase obrera, pero ella debía continuar en la revolución socialista. La lucha armada era el vínculo entre aquella experiencia y su misión histórica, anudado por la vanguardia mediante su acción dentro del peronismo. Foquismo y peronismo eran hasta entonces dos términos opuestos: uno propo-

⁹⁵ *Ibidem*, p. 105.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 106.

nía la lucha armada inmediata en un ámbito rural; el otro, el trabajo político en el seno del movimiento de masas. Cooke unió (en el papel) ambos conceptos, proponiendo el desarrollo de la lucha armada desde el seno del movimiento de masas: el foquismo de masas.

CONCLUSIÓN

El descubrimiento tardío del marxismo, a fines de la década del cincuenta, le permitió a Cooke encontrar un panorama teórico distinto del que habían encontrado quienes comenzaron su militancia en las décadas anteriores. Asimismo, no haber pertenecido a ningún partido o agrupamiento marxista le dio la ventaja de no tener que soportar la carga de ninguna tradición interpretativa. Cuando se interesó en el marxismo, en las páginas de un libro recién llegado a las librerías, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, de Gramsci, encontró los elementos necesarios para interpretar al peronismo desde una nueva perspectiva.

Otros marxistas habían fracasado ante la discrepancia entre la clase obrera como concepto teórico y la manifestación política real de los integrantes de la clase obrera argentina. Algunos pensaban que ese comportamiento era una desviación pasajera, porque la clase obrera tenía que cumplir su inevitable misión histórica; otros pensaban que el peronismo, más el gobierno que el fenómeno político, había sido una etapa en el camino de la revolución. Cooke logró escapar del laberinto que era la realidad del peronismo mediante la diferenciación de la experiencia histórica y la identidad política. La experiencia histórica era el vínculo del pasado con el presente y la identidad política, el del pasado con el futuro. El peronismo era la identidad política de las masas, de modo que resultaban irrelevantes los designios políticos del resto del peronismo y del mismo Perón.

Dentro de la identidad peronista, entonces, cualquier política era posible, inclusive la de Cooke (aunque él no lo viese de ese modo). Para él, la política revolucionaria derivaba del supuesto de que el peronismo era la experiencia histórica de la clase obrera. Esa experiencia histórica no anulaba la misión histórica de esa clase, pero ésta tampoco se cumplía automáticamente por el mero juego de las leyes de la historia. Aunque Cooke había partido de una visión determinista del marxismo, pronto la cambió por una voluntarista: la historia como resultado de la voluntad humana y, en consecuencia, también la revolución socialista. No se planteaba el problema que implica esta visión: si la historia resulta de la voluntad humana, ¿por qué ésta debería emplearse en la revolución socialista? Pero respondía a esta pregunta indirectamente como

respondieron otros marxistas que se encontraron en el mismo atolladero: por un imperativo moral. La revolución terminaría con la opresión y la explotación: la individual, la de clase, la imperialista. Todo el peso de la argumentación de Cooke, como para tantos otros marxistas, estaba en el proceso revolucionario, sin ninguna preocupación por el día después de la revolución. Podía fundamentar esto teóricamente: imaginar con demasiada precisión ese día sería eliminar la dialéctica de la historia. No era necesario, por lo tanto, indicar cuáles serían las políticas de la revolución triunfante. En esos días, por lo demás, había un nuevo modelo revolucionario: la revolución cubana. Sólo había que seguir su método para concretarla y luego, tras el triunfo, sus políticas. Cooke no disintió con esta visión, pero creía que el método cubano, la lucha armada, no debía disociar a los revolucionarios de las masas. Esto presentaba un problema que desde la revolución cubana no se había podido resolver: cómo establecer un foco y al mismo tiempo desarrollar una política de masas, cómo combinar el necesario secreto de la acción revolucionaria con la no menos necesaria publicidad de la acción política. Él propuso la solución, el foquismo de masas, pero no pudo practicarla. Otros, a poco andar, se encargarían de intentarlo.

La revolución de Cooke era, aunque no la designara como tal, una revolución nacional. Lo era en un doble sentido: por un lado, por su apelación a los sentimientos patrióticos y redencionistas (“la patria es sentido del futuro, es posibilidad de construirnos como Nación”), pero también por la total autonomía respecto de cualquier otro proceso revolucionario o de la situación mundial. Su revolución era “parte de la revolución latinoamericana... parte del frente revolucionario mundial”, pero no tenía ningún vínculo con una u otro⁹⁷. Esa revolución latinoamericana sería, por omisión, el resultado de la sumatoria de las partes, cada una resultado de una particular experiencia histórica; y del mismo modo, el frente revolucionario mundial, que ya no era el encabezado por la Unión Soviética, ni siquiera por China, sino quizás una adición de revoluciones nacionales, como la cubana, la argelina, la vietnamita. Por esto cae en la misma contradicción que otros sostenedores de la revolución nacional: ésta, por definición, era antiimperialista, pero su concreción requería un imperialismo pasivo, es decir, lo contrario de lo que, por definición, era el imperialismo. Mientras los marxistas creyeron que había leyes de la historia que garantizaban el triunfo de la clase obrera, nada de lo que hicieran otras clases podía cambiar el resultado final; pero cuando dudaron de esas leyes y la historia pasó a ser el resultado de la acción (o aun de la voluntad) humana, y por lo tanto impredecible, ¿qué les hizo pensar que las potenciales víctimas, cualesquiera fuesen sus faltas, se someterían mansamente a la acción de los

⁹⁷ *Ibidem*, p. 75.

revolucionarios? Cooke no resuelve este misterio, pero no carece de compañía entre quienes abandonaron la interpretación mecanicista del marxismo.

La clase obrera era, naturalmente, el sujeto de la revolución, de la historia, pero Cooke encontró que ella tenía una historia y que en la Argentina el resultado de esa historia era el peronismo. Por eso no podía haber revolución sin el peronismo. Pero, al mismo tiempo que expresión histórica de la clase obrera, el peronismo era un movimiento político realmente existente que contenía una gran variedad de tendencias. Este peronismo presentaba un problema: estaba controlado por una dirección burocrática que, por definición, no era revolucionaria. Era necesario, en consecuencia, luchar contra la burocracia para transformarlo en el partido revolucionario. En su último escrito, sin embargo, decae el énfasis de la lucha contra la burocracia y el partido revolucionario desaparece por completo. La prioridad es la lucha armada de la vanguardia, el peronismo revolucionario. La vinculación de esa vanguardia con el peronismo se daría en el plano emocional, por la identidad peronista. Cooke no cree necesario especificar cómo se daría el paso de ese vínculo emocional a otro organizativo: quizá creyera que la dialéctica de la historia se encargaría de suplirlo.

En sus últimos años, Cooke fluctuó entre Gramsci y el foco. Primero quiso transformar al peronismo en el partido revolucionario, mediante la construcción de la hegemonía de la política revolucionaria por los intelectuales encargados de realizar la unidad teórico-práctica. Luego, en su último escrito, quiso a la vanguardia lanzada a la lucha armada, pero sin salirse del peronismo. A pesar de la apariencia excluyente de ambas influencias, la intención de Cooke fue fundirlas en una sola práctica política: el foquismo de masas. La clave que hacía posible esa fusión era la identidad peronista, un factor emocional que conectaría la experiencia histórica de las masas con la lucha armada de la vanguardia. Así, a la manera cubana, el peronismo se transformaría en el partido revolucionario.

Perón era el principal problema de Cooke. Su interpretación del peronismo tenía una contradicción implícita: Perón era una pieza clave, pero al mismo tiempo debía ser totalmente pasiva. Para Cooke, Perón había sido sucesivamente el conductor que debía regresar al poder (en 1957), un participante condicionado de un frente de liberación (en 1959), y luego un obstáculo para la revolución por su conducción burocrática (en 1964). Cooke reconsideró su opinión tras el frustrado retorno: Perón se transformó así (entre 1966 y 1968) en símbolo de la resistencia al régimen y luego en un héroe, un líder y, finalmente, en un mito. En otras palabras, para Cooke, Perón estaba políticamente muerto. Pero si éste rechazaba su lugar en el panteón, si reclamaba su puesto de conductor, la ilusión de Cooke se esfumaría. Perón, se sabe, volvió a la Argentina y fue nuevamente presidente.